

Valle Inclán

Y la luz y el color y el sonido
Sólo son cerebrales fantasmas...

ALMAFUERTE.

Y todo es como el color y el sonido en el cerebro. Estamos siempre colorando el mundo con el prisma de nuestro temperamento. Pretendemos hablar de los demás y solo hablamos de nosotros mismos. No podemos salir de la caja craneal, la *caverna*, que dice Anatole France.

Y entonces, ¿qué hacer para retratar a los escritores?

Dejar que se pinten ellos mismo en la luna de su estilo.

Y así va a presentarse don Ramón del Valle Inclán. Apenas si nos permitimos el lujo de delinear el marco.

Su dicción es única entre tantos que manejan con gallardía el verbo de Cervantes. En frente de los otros escritores de su patria, le son aplicables estas palabras del amante de la pecadora mejicana en la *Sonata de estío* : « todos los españoles nos dividimos en dos grupos, el marqués de Bradomín y los demás ». Prosa alada, que aporta al castellano la ligereza francesa.

La arquitectura verbal castelariana, mapa de un vasto género, resulta, comparada con la airosa de las *Sonatas*, la construcción recargada y pretenciosa al lado de la sencillez esbelta. Todo en él es distinguido, con delicadeza aristocrática. La poesía está en la elegancia, decía una célebre escritora, y parece ser la máxima de este escritor que, sin duda, es ya

célebre también. Se pinta en uno de sus héroes que quería ser confesor de emperatrices y de reinas.

¿Cómo siente la naturaleza? Con gracia risueña y sensibilidad contenida.

Ha de haber estudiado muy bien la gama del idioma. Hay belleza en las notas que suspiran a lo lejos, y Valle Inclán ama esos ecos dolientes y lejanos. Huye del tono alto y acierta a producir sus acordes con una hechicera combinación de semitonos, divinamente evocadores. Nos habla de la vaguedad risueña y feliz de los recuerdos infantiles, nos mece con la salmodia del viento, las cántigas poéticas del pueblo, la quejella de las olas y el rumor quejumbroso de las selvas *que alzan al cielo sus cimas pensativas*.

Deliberadamente monótono, a veces, para producir la continuidad de algunas sensaciones musicales, va repicando y conjugando la tiramira de sus verbos predilectos. Veamos :

Las palabras del peregrino en *Flor de santidad* pululan en el aire, el viento siempre está llorando *a la distancia su llanto de mil años* o quejándose en los pinares, con voces de otro mundo. En *letras antiguas* resuenan acentos de cadencia lánguida y nostálgica. Los mirlos cantan en las ramas y sus cantos se responden encadenándose en un ritmo *remoto* como las olas del mar. La voz de Adegá era devota y su idioma era el *arcaico, casi visigodo* de la montaña. En la escala de sus notas más queridas, las hay hondas como un eco de la pasión o solemnes y graves como las letanías y los salmos. A veces los cactus sacudidos por el viento, remedan ruidos de torrentes que se despeñan a la distancia, en la obscura lejanía. Y en *Gerifaltes de antaño* hay sombras y rumores que tienen una eternidad y una eficacia en el gran ritmo del mundo.

Así el amante del sonido. Vamos, de inmediato, a la sensación pictórica.

Al semitono en música corresponde la mediatinta en pintura. Acordando con esas notas siempre vagas y distantes, pinta reflejos dorados, lontananzas y agonías de la luz. Pone

en sitio conspicuo, con los cantos litúrgicos, la penumbra de los templos solitarios, la belleza mística, la santidad contrita. Las nubes, en sus páginas, van volando albas en el fondo sangriento de la tarde que, a su vez, huye arrebujaada en los pliegues de la ventisca.

Delinea montañas de fantástica cumbre, marcando el límite de la otra vida. El sol y las estrellas se ponen en ocaso que dura eternidades. María Rosario, el único amor de su vida, en la *Sonata de primavera*, era santa y bella como esos *arroyos silenciosos que parecen llevar dormido en su fondo el cielo que reflejan*. El marqués de Bradomín se propuso amarla y superar por ella a todos los amantes que en el mundo han sido... Locuras gentiles y fugaces que sólo duraban algunas horas y que, sin duda por eso, le hicieron suspirar y sonreír toda la vida...

Así el pintor. Un poco colorista, un poco decadente, con algo romántico, quiero decir, sentimental.

Palabras que no viven en ajenos labios, están muertas en los míos, dijo una vez, y ello no es cierto del todo. Acude con harta frecuencia a verbos que no usan otros, a vocablos que saca de no sé dónde : las esquilas suenan con *ingrónimo* campanilleo, el relámpago deja en los ojos la visión temblorosa y fugaz del paraje *inhóspito*, al marqués cereaba la turba *clamorante*, el viento y los pájaros *ululan* a toda hora.

Cinzelador primoroso, evita, hasta donde es posible, el *que* de la sintaxis vulgar, sirte del romance, escollo del prosador, rompiente donde naufraga la elegancia.

Es escéptico. De tarde en cuando se siente la punta de diamante de su ironía. En una historia de España donde leyó siendo niño, le enseñaron que lo mismo da triunfar que hacer gloriosa la derrota...

En la melancolía del sexo ve el germen de la gran tristeza humana, elegante cifra de cierta desoladora filosofía.

Siempre estuvo persuadido que la bondad de la mujer es más efímera que su hermosura.

Es a veces bellamente impío, con impiedad simpática. Ze-

notemis, en el banquete de *Tais*, revista de la filosofía pagana agonizante, dice que no hay una sola acción humana, ni siquiera el beso de Judas, que no lleve en sí el germen de la redención, y Valle Inclán también descubre en donde menos espera, un reflejo de belleza. Le encuentra hasta en el horrendo incesto de la Niña Chole. Sus labios sangrientos eran bellos como su historia! Lo peor es que, a fuerza de elegancia, torna a su heroína casi inocente : con el nimbo del amor la ennoblece y la rescata. La otra heroína, la de la *Sonata de primavera*, no sabía que su destino de santa era menos bello que el de María de Magdala.

En la *Misa de San Electus* del *Jardín novelesco*, tres jóvenes enfermos, mordidos por un lobo rabioso, van a pedir su cura al santo milagroso. Con voces estranguladas gemían caridad. El abad cantó la misa y ésta fué tan eficaz que los tres penitentes se murieron. Aquí la deliberada sencillez, casi simple, del estilo, hace resaltar el contraste inmoral del desenlace.

¿ Quiénes influyeron sobre él? Sus ideas, en ocasiones, parecen teñirse un tanto de las de Jean Lorrain (preseindiendo de las expresiones crispadas y violentas de este enfermo, me apresuro a decirlo).

Hay en el uno y en el otro, como en casi todos los decadentes, cierto abuso intolerable de lo *litúrgico*.

Y María Rosario tenía su *leyenda*, como el Duque de Fresnes, aunque en nada se parezca la imagen angélica del amor puro con Mr. de Phocas, el endemoniado, que buscaba las miradas de agua doliente para ahogar en ellas a la *Ofelia* de sus *descos*.

Y el encanto perverso de la Niña Chole, Venus turbulenta, hace pensar en las princesas de Moreas a quienes alude Lorrain, malditas, fatales y ¡ adorables!

Las audacias de Gracián asoman no se sabe dónde ni cómo, pero sin su amaneramiento a veces gongorino. Tal vez en un título, en *Flor de santidad*. Luis, dice Gracián, era *flor de santos y de reyes*.

Pero todo está atenuado por Anatole France. Los ojos de *violeta* de Atega, la zagala soñadora, son los propios de Tais, y ciertos sueños y visiones compulsan los de Pafnucio. Quizá el *Satanás*, *Satanás*, con que finaliza la *Sonata de primavera*, sea eco del *Vampiro*, *Vampiro* con que acaba Tais. Cuando la Niña Chole, tendióse en la hamaca y *esperó*, remedaba bastante a la temible cortesana que antes, en la gruta, también *esperó* al abad de la Tebaida santa.

Pero de todos modos, Valle Inclán es un escritor original. Nadie, que sepamos, practica en España como él, el arte por el arte. Ha trasuntado cuadros bellísimos con el delicado pincel de su palabra, y después de tanta prosa fatigante, descansamos en su estilo.

Y ¿se ha retratado a sí mismo Valle Inclán? Acabamos por dudarlo. En algo intervenimos, en la distribución de los colores.

Lectores habrá que con distinto temperamento, copiando pasajes diferentes a los resumidos por nosotros, produzcan otra impresión con otra estampa. El tinte del prisma interior... el fantasma cerebral. Decididamente, no podemos salir de la *caverna!*

MANUEL DOMÍNGUEZ.